

Índice

Prólogo por Quique Setién.....	9
Presentación	17
01. Vocación o victoria	21
1. Hijo, uno debe vivir de lo que es	21
2. La palabra, mi pelota de fútbol	26
3. Prestigio o popularidad	30
4. No te harás rico	33
02. Caníbales en Internet	37
1. Antes de que existiese	37
2. Viaje a la prehistoria	43
3. Guiones en el iPod	43
4. El empate no es solución	44
5. Periodismo o nada	47
6. Noches de boda	49
7. Cultura de hincha	50
8. La tropa de combate en el 23-F	53
03. Sueños que ya no existen	55
1. De Vizcaya a Guipuzcoa.....	55
2. Twitter y la vieja escuela.....	58
04. Los hijos del periodismo	61
1. En algún lugar del mundo	61
2. Baja para animarles	62
3. Despierta sin prisas	66
05. Tal y como soñaste	69
1. Terrible y demoledor	70
2. ¿Cómo no ibas a aprender?	72

06. Tardes del domingo	73
1. Periodismo de niños	73
2. ¿Y cómo puedo hacer reír hoy?	78
3. La vida es una oposición	81
4. El programa que quiero escuchar	83
07. Yo mando, tú no sólo escuchas	87
1. Días sin paz	87
2. Cuando trabajaba en <i>Don Balón</i>	88
3. Yo era un gran pesado	92
4. Periodismo de club	94
08. El hombre prisas	99
1. La locura es mía	99
2. Escuchando a Diana Krall	101
3. No sabes todo: pregunta	103
09. Reporteros	107
1. Soy realista, no nostálgico	108
2. Cuéntame cómo pasó	110
3. Hasta el corredor de la muerte	111
10. Iniesta es Dios	115
1. La banda sonora	115
2. Atracón de pipas y aceitunas	118
3. En un espacio <i>minimísimo</i>	118
4. Andrés Montes improvisaba	122
11. Días siempre normales	125
1. Ni un resfriado siquiera	125
2. Hay que pisar área	128
3. Nervios en silencio	129
12. La impaciencia del periodista	133
1. De la <i>favela</i> a Mourinho	133
2. ¿Por qué no hice caso a mi madre?	135
13. Amistades peligrosas	139
1. Derecho de admisión	139
2. Aléjate de tus ídolos	142

14. En el bando enemigo	147
1. El arte de contar historias	148
2. Quinientas peticiones al año	150
3. Regreso al pasado	155
15. Escuchando a García	155
1. El origen de los sueños	155
2. Taquígrafos y dinero suelto	157
16. En un mundo de hombres	161
1. Fobia a la sangre	161
2. Sí, yo estaba en paro	163
17. Planeta Gasol	167
1. Sería un marginado	169
2. Y Pau dijo «¿quedamos a cenar?»	171
18. Nadal y yo	177
1. La residencia especial	177
2. Favores personales	179
19. Literatura de viajes	183
1. Amores sufridos	183
2. Esperando a Eddy Merckx	185
3. Aquella inolvidable exclusiva	187
4. Ciclismo en la Gran Vía	191
20. La primera entrevista	193

Prólogo

No sé por qué extraño motivo siempre me gustó escribir. No había explicación razonable. En casa los libros escaseaban. Mi padre trabajaba de sol a sol y mi madre desapareció demasiado pronto. Al igual que el colegio. No recuerdo a nadie cercano que ni siquiera me leyera un cuento. El refugio siempre fue el balón, aquella vocación no era extraña. Nunca hubo dudas. Sin embargo, con 15 años ya escribía las crónicas e incidencias del partido que había jugado el día anterior. Me recuerdo golpeando con los índices las teclas de la pesada Olivetti que me prestaba un compañero de la oficina en la que ya trabajaba de chico para todo.

La afición nunca se extinguió. Me llevó a leer. Empecé con las crónicas de Rual en la *Hoja del Lunes* de Santander. Fue cuando compré los primeros periódicos. Quería saber lo que los demás decían de mí, sus valoraciones personales. Pronto distinguí lo que merecía la pena y lo que no. No me explicaba cómo se podía resumir en cuatro palabras tantas cosas como suceden en un partido. Y la nota final con la que casi nunca estaba de acuerdo, ni para bien ni para mal. No era fácil aceptar las críticas de quien jamás había jugado al fútbol. Tardé en darme cuenta de que muchos escribían conforme a como les caías. Para Juan Antonio Sandoval, periodista del *Diario Montañés*, yo nunca jugaba mal. Sus artículos de opinión alimentaron mi vanidad durante años. Acabé leyendo sus crónicas de toros a pesar de que la tauromaquia nunca me gustó.

Pero no siempre fue así. Casi sin haberme destetado como profesional, José María García me llamó conspirador por tres veces desde Madrid cuando estaba en Onda Cero. Le escuchó toda España, lo cierto es que entonces todo el mundo le oía.

Hasta yo mismo lo hice en directo en la radio del coche cuando me dirigía a la emisora de la competencia a explicar lo que había pasado. De repente desperté en un mundo desconocido para mí. Fue tanta la tensión de aquella noche que me fui a llorar a los brazos de mi tío Luís deshecho e indignado. Me había acusado de querer echar a un entrenador. Tenía 20 años y llevaba escayolado cuatro meses con la tibia y el peroné rotos. Años después, en un vuelo de regreso de un partido con la selección de Las Palmas, coincidí con él en el asiento de al lado. Por muchos detalles que le di, no hubo manera de que recordara el incidente. Después siempre habló bien de mí. Quizá aquel fue el motivo por el que dejé de escuchar la radio. Me di cuenta de que lo que el aire trae, con facilidad se lo vuelve a llevar. Era algo que no se podía saborear. No permanece. No puedes exprimirlo para quedarte con el jugo. No es como el papel.

Con un poco de ayuda debuté en las páginas del *Diario Montañés*. Empecé desde Madrid. Comentaba mi día a día desde la capital en el Atlético de Vicente Calderón. Eran los primeros artículos. Después los continué desde un viejo fortín español convertido en hotel en Tlaxcala, México. Allí estábamos concentrados durante el Mundial del 86. Experiencia que me sirvió de mucho para el futuro. Me llamaban la atención las amistosas y diarias tertulias de Miguel Muñoz con los periodistas que cubrían el evento en los jardines del hotel Camino Real de Guadalajara. A mí nunca me dirigió la palabra. Al regreso, frustrado por no haber jugado ni un minuto, leí un titular en la portada del *As* que decía: «No volveré a la selección». Nunca dije eso. Fue una transcripción de una entrevista que me hicieron en *Esto*, un periódico deportivo mejicano. La frase se extrajo del comentario que había hecho a la pregunta de si pensaba que iba a volver a ser seleccionado. La interpretación del titular nada tenía que ver con la realidad de mis intenciones, que fueron estas: «Creo que no volveré a la selección, los convocados aquí hemos sido 22 y las siguientes convocatorias serán de 18. Si no he jugado, es fácil pensar que no me llamarán más». El caso es que no volví. Quizá Muñoz no leyó la

respuesta completa y se quedó solo con el titular. También es muy posible que tampoco hiciera méritos para ello.

En esa época ya leía *El País*. Me enganché cuando llegué al Atlético de Madrid. Un compañero del equipo, Chus Landáburu, lo leía cada mañana en el coche a la puerta del estadio antes de comenzar a entrenar. Le tenía idealizado. Era diferente. José Damián González me hizo la primera entrevista en un restaurante de la calle Princesa, que se llamaba Las Cuevas del Duque, lugar donde comía todos los días. Empecé a leer con avidez las crónicas de José Miguélez. A pie de campo estaba José Ramón de la Morena y otros muchos que se incluyen en este libro. Eran sus comienzos. Casi como los míos. Un chaval de 25 años que venía del pueblo con las albarcas y el dalle en busca de metas imposibles en provincias. Metas que se ponían inalcanzables con crónicas como las de Luís Arnáiz en las que me dedicaba apartados como «A Setién. Anda, y a veces, corre». Y en parte tenía razón. Claro que me tenía que haber visto en el Racing para decir eso. Aquello me sentaba a cuerno quemado porque jamás corrí tanto como lo hice en aquella época. Me dolía que no interpretara el fútbol como yo. Jamás había sido un vago. Y nunca corrí detrás de un balón que sabía que iba fuera. Eso que aplauden tanto muchos aficionados. Y periodistas. Era una lucha perdida. No tanto como la que tiene que afrontar el fútbol de vez en cuando para sobrevivir a los que creen que en este juego solo se divierte uno ganando. Siempre me rebelé a las plumas que obvian los detalles y que solo les interesa el resultado. Los que sus comentarios solo van en función de eso. Son infinidad de partidos cada semana los que se ganan sin merecerlo. No es justo que se prime la victoria por encima de cualquier cosa a la que llaman partido. En esto la responsabilidad de los periodistas debía ser absoluta. No se puede premiar al que no se preocupa por tratar bien el balón.

Por eso me entusiasma Seguro. Porque coincido en su manera de ver el fútbol. Ahora leo sus crónicas del Real Madrid en

el *Marca* solo para comprobar que hemos visto lo mismo. También por el placer de leerle. La clarividencia con la que expone sus argumentos me alivian. Veo en él a un defensor de las formas al que no le vale todo. Creo que ahora se le nota un poco el conflicto que mantiene consigo mismo entre ser consecuente con las inclinaciones del periódico en el que escribe y el rechazo a los planteamientos del equipo que debe enjuiciar. Me gustaba más su independencia anterior. Debe ser la misma que reclamas muchas veces en el campo de fútbol cuando tienes un entrenador diametralmente opuesto a tu forma de entender el fútbol. Mis conflictos con Maguregui eran traumáticos. Había zonas del campo prohibidas para echar el balón al suelo. Y yo era incapaz de despejar un balón sin una dirección concreta. Supongo que que trabajar para un medio en el que te sientes obligado a inclinarte hacia el lado en el que no te encuentras cómodo debe ser muy parecido.

Pero con el tiempo uno se va domando, se vuelve reflexivo y acepta versiones diferentes a las que tienes integradas. Aunque no aflore uno sabe cuando se merece un palo o un elogio. Lo que enfada es la crítica cargada de resentimiento e ignorancia. Los juicios razonados aún negativos te acercan más que te alejan. Cuando vas a una rueda de prensa después de perder un partido en la que hay 20 periodistas, algunos en prácticas, te sometes a un bombardeo del que es imposible salir ileso. No saben lo que cuesta mantener la compostura. Mientras fui entrenador del Racing sufrí el acoso permanente de un muchacho que tenía una columna en uno de los dos periódicos que se venden en la ciudad y una hora de radio cada día en el programa local. En sus preguntas había saña. De su boca salían culebras. Fue un ejercicio de contención del que me siento orgulloso. Una prueba extrema. Me pregunto si eso es periodismo. Realmente no se cómo llamarlo. Nada que ver con el raciocinio de Ramón Besa, José Sámano, David Gistau, y muchos más en sus artículos de opinión. Estarás más o menos de acuerdo con lo que dicen pero la claridad y la objetividad con la que escriben es manifiesta. Ese don supongo que es el mismo que tienen algunos juga-

dores para dar un pase prodigioso al lado que nadie espera. Son los que no necesitan siquiera pensar, las respuestas fluyen como un manantial lo hace de las profundidades. Claro que a veces se seca. La producción se ve alterada porque las condiciones cambian. No es lo mismo disponer de tiempo que tener que enviar la crónica casi sin terminar el partido. Las prisas se notan, como la valentía, la pasión o la seriedad. Al igual que un futbolista no juega ni parecido con la hierba alta y seca que húmeda y corta. Solo a los que la pegan para arriba les da igual. Y de esos hay muchos.

No se cómo me he atrevido a escribir este prólogo. Ni siquiera sé si lo he enfocado correctamente. Tampoco sé si mis experiencias y opiniones son compartidas y habituales por los que han estado en esta orilla. Ahora, me encuentro en las dos a la vez. Asisto cotidianamente a ruedas de prensa para responder cómo va el Lugo, equipo al que entreno y, cuando me lo piden, escribo comentarios sobre algunos partidos importantes en el diario *El Mundo* junto a Alcaide o Carbajosa. Desde que lo hago, con las prisas que me meten, me he vuelto mucho más comprensivo con los que me enjuician cada domingo.

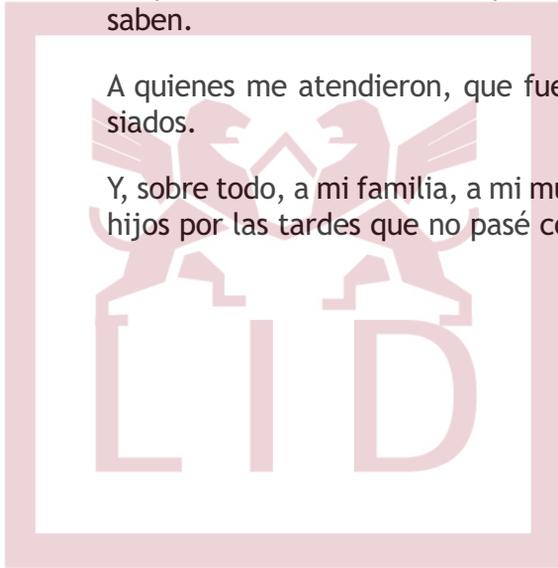
Quique Setién
Ex-futbolista y entrenador
Columnista en El Mundo

A quienes han soportado el ruido de las teclas, que saben quienes son.

A quienes me animaron, que también lo saben.

A quienes me atendieron, que fueron demasiados.

Y, sobre todo, a mi familia, a mi mujer y a mis hijos por las tardes que no pasé con ellos.



Presentación

A medida que me hice mayor, descubrí problemas. No valía para las matemáticas. El latín no me gustaba lo suficiente y tenía mal oído para el inglés. Vivía en Nuevos Ministerios y trabajar en la administración me parecía un delito. Sólo había algo que realmente me gustaba: la escritura. Y los veranos pasaba horas escribiendo a solas tratando de parecerme a Luis Arnáiz, a Sarmiento Birba, a toda esa maravillosa gente del diario *As*. Cuando terminé el instituto, encontré la solución en la universidad de periodismo, entre esos gruesos muros de hormigón.

Allí me enamoré de *El País* de los lunes, de su sección de deportes. Su lectura era un rato prodigioso. Sus cronistas escribían con tanta libertad como el profesor Keating pedía sus alumnos en *El Club de los Poetas Muertos*, la película de esos años. Leía a Seguro, capaz de comparar a Lukic, un yugoslavo que jugó en el Atlético, con cualquier extranjero al que vieses pasear por la Gran Vía. Leía a Vicente Jiménez, que tiraba líneas de una manera única entre la forma de jugar de Juan Sabas y Paolo Futre en un partido de los rojiblancos en La Romareda.

Y me gustaba José Miguélez. Sobre todo, aquellas crónicas tuyas del Rayo Vallecano de los domingos por la mañana. Hablaba del zapato izquierdo, no de la bota, de Pablo, un futbolista especial al tiempo que calculaba los años de fútbol que le quedaban a Hugo Sánchez según los rizos que perdía su cabellera.

Si aquel tipo de cosas eran posibles en la crónica deportiva, quedaba claro que debía ser un ejercicio maravilloso. En con-

secuencia, mi siguiente función fue la de parecerme a ellos y administrar en privado toda esa libertad. En mi habitación convivía con una vieja máquina de escribir, heredada de mi abuelo. Lo intenté. Al principio, era un tormento. Hice todas las crónicas de los partidos del Mundial de Italia 90 que retransmitieron por televisión. Después, las leía en voz alta en casa a mi padre y a mi hermano. Como imaginábamos que los periodistas escribían rápido, ellos cronometraban el tiempo que tardaba. Desde entonces, no leo a nadie con indiferencia.

He sido periodista a diario. Lo fui, sobre todo, durante cuatro años en *Alerta*, en Cantabria. Allí me acostumbré, como nunca, a la página en blanco. En un solo año, firmé más de 365. Creo que no hubo un solo párrafo que no cuidase como a un hijo. Aprendí que se puede escribir bien sin talento, que la voluntad también tiene derecho. Encontré historias en Bezana, en Castro Urdiales... En lugares donde sólo parecía que había plenos de ayuntamientos y cosas así.

Después volví a Madrid y encontré un lugar en *Diario 16* al lado de un tipo como Xabier R. Blanco. Tenía tanto desorden como talento. Le pasaba como a mí: escribiendo no se sentía inferior a nadie. El día que cerró el periódico regresó a Galicia. Y yo, por alguna extraña razón que el destino no sabe explicar, busqué un trabajo fijo y previsible. La vida me aplicó un horario cerrado. Aprendí que combatirse a uno mismo es la guerra más difícil. He vivido, sin embargo, la infancia de mis niños como la mía. Sobreviví al contraste más rotundo con el periodismo.

Entretanto nunca dejé de colaborar en publicaciones que no siempre eran de deportes. Un día, cuando el periódico ya estaba en los quioscos, hasta me atreví a proponerle a Miguélez colaborar con él en *Público*. No le conocía de nada, pero tuvo éxito. Pronto me llamó. Y, en los mejores tiempos, me concedió páginas enteras, historias valientes, el placer de volver al quiosco. Al menos, para mí es una sensación innegociable, que justifica hasta madrugar.

No sé si algún día regresaré al periodismo diario. En la noche me gusta pensar que sí. Sé que la vida de los periodistas no es modélica. Hay cierres que no te gustan. Hay llamadas de teléfono que pagarías por no tener que hacer. Pero escribir motiva. Por eso soy un elemento inquieto y tan perfeccionista que vuelvo locos a mis propios textos. Y por eso me gusta el periodismo. Te exige escribir rápido y, como decía el profesor Keating, aprovechar el momento [*carpe diem*] o buscar historias, que aunque algunos no quieran verlas, todavía las hay.

Sin ir más lejos, está que ustedes van a empezar a leer. Nació en mi imaginación en la redacción de un periódico mientras remataba mis textos. A mi alrededor observé que la historia también está dentro. Y, quizá por eso, decidí escribir este libro, todos estos relatos, la mayoría felices, de periodistas encantados. En el camino encontré camaradas sin reparos, gente buena e importante que me prestó parte de su tiempo. Y, sin estar todos los que son, ha salido esta historia que es la de ellos. Yo sólo me he dedicado a organizar lo que me contaron y a situar en la memoria algún recuerdo. También a devolver la salud a una extraordinaria pasión que no quiere ser vencida.

Madrid, junio de 2011

1. Hijo, uno debe vivir de lo que es

A las nueve de la noche, cuando el resto de la ciudad descansa, hay gente que todavía vive en llamas. Los fines de semana ponen precio a sus cabezas. Son, en realidad, vocaciones extrañas que arrancaron sin un motivo especial. En su momento pidieron la palabra y no aceptaron tiranía. En el caso de Paco González, el hombre que dirige *Tiempo de juego* en la COPE, lo hizo entre las paredes de su habitación, en las horas de estudio. «Tenía una bola de tenis que la chocaba con la pared y retransmitía partidos imaginarios». Era el menor de cinco hermanos («uno es abogado, el otro militar, el siguiente trabaja en un banco y la chica, que estudió psicología, lo hace en el 112») de una familia de Madrid, donde el periodismo se interpretaba como un horizonte lejano o una profesión sin preferencia. Y Santiago Seguro, director adjunto de *Marca*, lo entiende, porque en su casa también pasó. Se crió en Barakaldo. Fue hijo de un obrero, que hasta los 23 años había sido futbolista profesional en el Granada y en el Cádiz. «Pero entonces se alistó al ejército republicano, fue herido y quedó cojo en diciembre de 1936». Sí recuerda Seguro a ese hombre «como un fanático de los periódicos», capaz de transmitirle a su hijo esa herencia. Desde muy niño, ya distinguía la personalidad de los cronistas de deportes. «Yo me prestaba a ir a comprar la leche y el pan antes de ir al colegio, y aprovechaba cinco minutos en la escalera para leer, sobre todo, las páginas de deportes».

Hoy, no sabe si es el resultado de una vocación «o de una afinidad invisible». Sí sabe que su futuro, como el de su hermano mayor, estaba en la ingeniería. «Llegué a estudiar tres años en la universidad». Y ahora, en la frialdad de una pací-

fica conversación, recuerda a periodistas deportivos que también proceden de ciencias como Julio César Iglesias, Alfredo Relaño o Ignacio Romo, en su caso licenciado en Medicina. También Paco García Caridad, en tercero de bachillerato, dudó entre humanidades y ciencias. «La química se me daba muy bien». Al final, eligió letras. Luego, se matriculó en la facultad de Periodismo. Y, en esta profesión, encontró el resto de su vida, como le pasó a Seguro, cuyo talento se reconoció en las aulas. «Un profesor, José Manuel Alonso, me ofreció hacer prácticas en *El Correo*». Hacía años que había roto su compromiso con la ingeniería. Recordó entonces al niño que fue. «Es verdad que en la infancia sentía ese deseo de escribir, de contar historias y de transcribir las a las páginas de un periódico». Hoy, echa de menos la memoria de la niñez («a veces, da la sensación de que te rindes ante el desgaste de la vida») y ya no escribe todos los días. «Es más, necesito no escribir para poder pensar». Y en sus ratos libres sigue ejerciendo de periodista con amplias horas de soledad, de lectura y de mucha prensa extranjera. «Estuve suscrito a *Sports Illustrated* cuando venía en barco y tardaba 30 días en llegar».

El periodismo deportivo posee una extraña adicción. Quizá porque casi siempre nace de una pasión que sitúa a José Miguélez, redactor jefe de *Público*, en el Parque de las Avenidas de Madrid, el barrio en el que creció, en la temporada 80-81, atento a todo lo que significaba el Atlético que presidía Alfonso Cabeza. «Hice las crónicas de cada partido y, después, las pegaba, junto con el recorte de los periódicos, en un cuaderno. Y entonces me di cuenta de que el victimismo era mal consejero». A varios kilómetros, en el distrito de Usera, Juan Carlos Rivero (hoy en RTVE) descubría a los ocho años que sus hermanos no jugaban al fútbol si él «no retransmitía las partidas». Años después, Javier Hoyos, actual director de *Carrusel deportivo*, debía enfrentarse a la tradición de su tierra. «Tenía nota para estudiar Derecho en la Universidad de Deusto con todo el prestigio que eso significa en el País Vasco». Ninguno de ellos conocía, ni siquiera silenciosamente, los abusos del periodismo. Sus

familias tampoco concebían esta opción como una profesión de futuro. Paco González se lo escuchó a sus padres, pero respondió con energía. «Yo quiero ser periodista». El primer día de 1987, que entró en la Cadena SER, recuerda que insistió hasta el infinito para que lo mandasen a la redacción de deportes. Prometió que, si lo hacían, se encargaría de llevar los cafés. Y allí, por cierto, encontró a un tal Manolo Lama, andaluz y de buena talla, que era de su generación. Había jugado al baloncesto en el Instituto Ramiro de Maeztu donde incluso había coincidido con el mítico Fernando Martín y que, en principio, tampoco tenía motivos para asociarse al periodismo. «Mi única vinculación era un primo hermano mío que trabajaba en el *Marca* y con el que no tenía relación».

Pero en 1987, Lama estaba a un solo año de narrar en directo su primera medalla olímpica en los Juegos de Seúl, los primeros a los que acudió de enviado especial. «Recuerdo que fue la de dobles, de Conchita Martínez y Arantxa Sánchez Vicario». Y lo interpretó casi como un hito al que los periodistas españoles no estaban nada acostumbrados. Lama, sin embargo estuvo allí. Su relación con la profesión ya corría fuerte. Todavía hoy se mantiene en primera línea y viaja al nivel de entonces, algo que ni el mismo concibe todas esas noches en las que vuelve a casa de madrugada. Mira entonces el reloj y recuerda que «a las 10.30 de la mañana ya estoy en la televisión». Así que carece de tiempo para volver a las canchas del Ramiro a jugar al baloncesto. Aún menos los fines de semana, en los que tiene cita en los aeropuertos, «en esos lugares inhóspitos en los que no se hace más que perder el tiempo». Y ya no sabe qué propaganda hacer de esta profesión que, curiosamente, ha elegido una de sus hijas. «Yo no le dije nada ni le he echado una mano». La otra, no. «Ha preferido magisterio». En todo caso, su intervención fue la misma, «prefiero que sean ellas».

Los periodistas, en realidad, son ellos mismos. Su crónica de vida es desordenada casi a la fuerza. Acostumbrado a trabajar con los horarios de Nueva York, Joaquín Maroto, reputado redactor de *As*, envidia a su actual mujer. «Ella es abogado y sabe el plan de trabajo del próximo mes». Él, sin

embargo, desconoce el del día siguiente y hasta es posible que «a las nueve de la noche permanezca nervioso con la página en blanco», a la espera de un argumento que la alimente. Siendo así, está claro que es una profesión de locura, en la que las prisas edifican su propia montaña y ser un hombre de la calle equivale a reportero, a una desordenada libreta y a una grabadora sin pilas. En la línea de fuego, aunque no lo parezca, casi siempre hay una historia que manifiesta su derecho a ser contada. Y por eso mismo Ramón Besa, redactor jefe de Deportes de *El País* en Cataluña, se hizo periodista. «Soy de un pueblo de 400 habitantes en el que pasaba poco tiempo en casa porque nunca sucedía nada. Sin embargo, en la calle sí, y me preocupaba por dar sentido a esas anécdotas». Después, apareció el periodismo deportivo en su vida para complacer al futbolista que no pudo ser. «Llegué hasta Segunda Regional, que fue cuando se me fastidiaron los meniscos y descubrí que el balón iba a una velocidad y yo a otra». Amaneció el periodista y lo admitió como un magnífico derecho. «Mi fortuna es que, en el periódico, puedo interpretar esa pasión por el fútbol».

García Caridad, director de Radio Marca, también es un apasionado de esta profesión que lo ha visto crecer en Las Palmas y en Zaragoza como delegado de Antena 3 Radio. Pero realiza un diagnóstico casi académico de su tiranía: «La profesión no lo es todo en la vida». Por eso jamás se encerró en esa jungla de cristal. «Uno, aparte de padre de familia, también es ciudadano». Siempre que puede, «aunque sea poco tiempo», procura ir a cenar a casa. Paco González, sin embargo, recuerda que él no engañó a nadie. «Mi mujer me conoció así». Joaquín Maroto juzga que lo que no se puede hacer es lo que hizo él cuando fue de enviado especial al Mundial de Estados Unidos 94. «Me tiré ocho o diez días seguidos sin llamar a casa». El futuro le pasó precio. Acepta que esta profesión le «costó un matrimonio» y lamenta lo que ya no tiene solución. Trata, eso sí, de justificarse. «Era una época en la que yo tenía mi agobio: la hipoteca, el colegio de los niños, la necesidad de colaborar en varios sitios...». Con el paso de los años, siente que sus

hijos le han perdonado, «porque quieren vincular su vida al periodismo», aunque su primer testamento sabe agrídulce: «Cada día que pierdes con los ellos ya no vuelve».

Pero esas son las exigencias de una vocación que también retrata la biografía de Miguélez. «Yo me casé siendo colaborador a la pieza en *El País*». Allí apareció un día de 1991 y recuerda que Álex Martínez Roig, el jefe, le dijo que estaba muy difícil publicar «un artículo a la semana». La realidad fue diferente y Miguélez se convirtió en un elemento decisivo. «Había muchísimos días en los que abría la sección de deportes». El precio, sin embargo, fue alto. Hasta que le contrataron pasaron seis años, y en los cuatro primeros no libró «un solo día». Y no podía ser fácil vivir así.

Alfredo Relaño, actual director del diario *As*, escuchaba, en esa época, a compañeros de su edad protestar porque no entendían que la vida fuese tan rápido. «Tenían niños y se quejaban de que su infancia se les había pasado sin enterarse». Relaño vivió el carácter nómada de esta profesión en los 80 y lo aceptó sin rebeldía. Pero era diferente. «Estaba soltero y no tenía mayor compromiso». Quizá por eso, y porque se servía de experiencias ajenas, fue un padre tardío. Su carnet de identidad superaba los 40 años cuando tuvo al primero. La ventaja es que su vida ya estaba bien dirigida. Había abusado lo suficiente del periodismo, de las carreteras y de las noches de hotel. El padre de familia pidió la vez y comprobó que la vida es bella. «Me aislé de viajar para estar más tiempo en casa y descubrir el placer de llevar a los niños al colegio o de pasear con ellos por la Casa de Campo». Y sólo se trató de moderar esa vocación por el periodismo sin la que ya no sabía vivir.

Joaquín Maroto en los peores momentos, en los que más angustia el reloj, recuerda lo que una vez escuchó a su padre: «Hijo, uno tiene que vivir de lo que es». Maroto era entonces un hombre con dudas y sin bandera blanca. Acababa de terminar como jefe de Prensa del Real Madrid y manejaba ofertas de empresas importantes para pasar a su gabinete de comunicación. La

otra opción era regresar al As. La duda, sin embargo, no liberaba a Maroto hasta que un día apareció su padre para apagar ese incendio. «Conoces tu vocación y no puedes olvidarla». Y Maroto volvió al As, a esos barrios grises y a esos horarios tantas veces camaleónicos. Pero ni siquiera en los peores días del invierno se lo reprocha, todo lo contrario. Quizá porque no sólo es la vocación. También son los principios de uno mismo que, en el caso de Miguélez, le llevaron a atrapar una historia sin pecado. Era jefe de sección de *El País* y colaboraba entonces en *El Tirachinas* de Abellán. Su libertad murió el día en el que José Ramón de la Morena, después de una ruidosa discusión con Abellán, ordenó que todos los hombres del grupo se retirasen de la COPE. A Miguélez le decepcionó demasiado. «Si me quedaba, me prometieron ascenderme en breve a redactor jefe». La tentación fue insuficiente. «Yo no preguntaba por cuánto tiempo tenía que dejar la COPE, sino por qué». Y, después de trece años, abandonó *El País*, renunció a una magnífica indemnización y marchó a *Marca*, donde negoció a la baja. «El año anterior me habían ofrecido ser subdirector con un contrato blindado». Pero, por encima del recuerdo tan perverso, a su lado encontré el relato más emotivo de los que escuché en la realización de este libro. «El día que conté los motivos a mis hijos el mayor, que tenía ocho años, se tiró hacia a mí y me abrazó como nunca podré olvidar».

2. La palabra, mi pelota de fútbol

Los periodistas son cirujanos del deporte, ángeles multiplicados, niños grandes, que captan rápido el escenario. «Mi pelota de fútbol es la palabra», dice John Carlin, autor de *El factor humano*, el libro que inspiró a Clint Eastwood para su película *Invictus*. Su imparable biografía atiende a una cita cada domingo en *El País*, donde Carlin escribe una columna de deportes. Su conexión con el fútbol arrancó en su infancia en Buenos Aires. «Fui un *pibe* porteño y, por lo tanto, es imposible que no saliese un fanático de la pelota. A los seis años, ya daba la vuelta a la manzana cada vez que ganaba el equipo que mi barrio, el Excursionistas». Carlin se acuerda de leer «a

esa edad, aquellas crónicas de los combates de Cassius Clay». Desde entonces, le prometió un amor eterno al periodismo escrito y al deporte, donde encontró la libertad que no tenía «cuando escribía sobre las guerras de El Salvador en *The Times*» para llegar a los corazones de la gente.

Carlos Arribas, redactor de *El País*, ya manejaba buena información deportiva en su niñez, donde no sólo adoraba el ciclismo, «un deporte que te permite soñar mucho». Y recuerda que meses antes de los Juegos de Múnich 72, le regalaron «el libro, *De Olimpia a Munich*, de Andreu Mercé Varela, lo devoré en unas horas y me empapé de toda la historia de los Juegos». Y ahora, que ya no tiene 14 años, ha salido de esa burbuja de cristal. Pero hay escenas de los Juegos que no le abandonarán nunca como la de Ignacio Sola, aquel saltador español de pértiga, de su gloria fugaz el 16 de octubre de 1968 en Méjico. «En su segundo intento», recuerda, «saltó 5,20 y se convirtió en récord olímpico durante 30 minutos». Los Juegos, sin embargo, ya no son como los que contemplaba desde su casa, «todas aquellas tardes de sofá». Arribas ha sido enviado especial en las últimas cuatro ediciones, en las que no sólo se emociona, sino que también *quiere emocionarse*. A veces, le cuesta porque los periodistas casi siempre se hospedan lejos, «son horas de autobús todos los días», y se sientan cansados frente al ordenador. Pero, básicamente, Arribas sigue esforzándose por ser el que pretendió ser: un hombre que pregunta por todo, que aún no ha envejecido periodísticamente, capaz de escribir, incluso, en estado de *shock* como aquella mañana del 11-M en la que, mientras despertaba, escuchó la explosión de las bombas en los trenes, el ruido de la masacre enfrente de su casa. Y después trazó un relato prodigioso, difícilmente olvidable, en el que se dio cuenta de lo que significaba ser periodista deportivo, porque «a lo máximo, escribes de perdedores». Y, curiosamente, él siente más afinidad por ellos que por los ganadores. Pero Arribas sabe que la norma no es esa. «La mayoría de las veces escribes con sed en deportes, con alegría, para ayudar a la gente a salir de la zona gris de su vida, a buscar su lado emocional».

Arribas se acordó entonces de Alfredo Relaño, el director de *As*, que está cansado de ver «las primeras páginas de los periódicos ocupadas por los fracasos de los hombres. Para ver los éxitos, hay que ir a las deportivas». Y es como si regresase a la infancia. Allí, Relaño conoció su vocación, «que nació leyendo los cuentos de Tintín» y que casi se separa de ella para escuchar la tradición familiar. «Era bueno en dibujo e intenté estudiar Ingeniería de Caminos. Mi padre había querido serlo, mi hermano había estudiado esa carrera... Pero no pudo ser. Sólo duré dos años». Fue entonces cuando se sinceró con el periodismo. Comenzó en *Marca* «peleando en los entrenamientos» y luego fue uno de los fundadores de *El País* en 1976. Hoy, a los 60 años, ejemplifica una biografía magnífica en la que no habita el olvido. Al lado del deporte también aprendió «a saber ganar, a saber perder». Se convirtió en un habilidoso editorialista, incapaz de prescindir de esos tres párrafos que escribe al día, todos, sin faltar uno sólo. Su vida como director en parte es la nuestra, acostumbrados a vivir de metáforas, de domingos de fútbol o de guerras en las que sí existe el empate.

Quizá sea la parte más aconsejable de una profesión, que siempre está viva, a cualquier hora, incluso a la del desayuno. «A los diez u once años, precisamente, yo utilizaba el dinero que me daba mi madre para desayunar en comprar el *As*», recuerda Ladislao Moñino, actual redactor de *Público*. «A esa edad, ya codificaba firmas como las de Sarmiento Birba o Luís Arnáiz». Después ingresó en la redacción del deportivo donde se encontró con Juanma Trueba que, antes de ser periodista, se imaginó futbolista. La ventaja es que ahora como periodista le puede reprochar a un seleccionador nacional las viejas heridas de juventud. Trueba jugaba en la Primera División de fútbol madrileño, con los Escolapios de Pozuelo, el mismo colegio en el que lo hizo el famoso futbolista Martín Vázquez. Un día se enfrentó al Real Madrid, en el que Vicente Del Bosque era el responsable de esa cantera. «¿Cómo es posible que todos ellos, excepto el siete y el nueve, fuesen tan altos, tuviesen hasta bigote y pelos en las piernas a esa edad?», le preguntó y,

a continuación, le recordó ese momento «en el que el ocho fue a lanzar un golpe franco y antes de que conectase con la pelota todos los de la barrera, aterrorizados, nos caímos de golpe». Pero el seleccionador no contesta, sólo sonríe.

Cada día puede ser una forma de vida que no acepta el antifaz, porque rápidamente te recuerda lo que eres, donde estás o donde podrías estar. «Hay semanas en las que me toca el informativo de fin de semana y entro a trabajar a las cinco de la mañana», señala Ramón Fuentes, uno de los rostros de deportes en Tele 5. «Y cuando escucho el despertador me cuesta, pero entonces me digo a mí mismo ¿de qué te vas a quejar si eres un privilegiado?». Jon Rivas, redactor de *El Mundo*, en los momentos más sacrificados del Tour de Francia, siempre se acuerda de lo que decía Alfonso Rojo en sus tiempos de reportero de guerra: «peor sería tener que trabajar». Al fin y al cabo, en el periodismo derrotas son cortas, los triunfos largos y los sacrificios menores. Trueba, en la paz de una mañana primaveral, insiste. «Todavía me sorprende la cantidad de vocaciones que encuentro en este oficio».

Tomás Guasch, a los 57 años, aún presume de una felicidad campera e inagotable, la misma que advirtió en 1981, cuando empezó en *El Mundo Deportivo*. «Yo siempre digo que mis primeros años de profesión tenía que haberlos pagado en lugar de cobrarlos». Ignacio Romo viaja a días sin precio como ése en el que entrevistó a su ídolo, Sebastian Coe, en los Juegos de Pekín. «No es fácil estar frío, saludar cortésmente o fingir que no sientes ninguna emoción al estar con tu ídolo».

Alejandro Delmás, redactor de *As*, soñaba con acompañar a la historia cuando vio el salto de Bob Beamon en los Juegos Olímpicos de Méjico 68 desde el salón de su casa en Sevilla. «No me perdí nada y lo recuerdo como si fuese hoy». Después, ha vivido un periodismo maravilloso en el que se le ha dado libertad, dinero para viajar y una cama de hotel. Moñino piensa que eso es lo más grande y se acuerda de aquel año en el *As* en el que, siendo un novato, propuso un viaje de quince días a Brasil para hacer reportajes. «El día que me lo conce-

dieron me sentí el hombre más feliz del mundo». Una vez en Río de Janeiro, Moñino llegó a muchos sitios, a las *favelas*, a Roberto *Dinamita*, incluso a *Didi*, «antes de morir», le dio un balón y con una mano le enseñó «como se hacía la *folha seca*». Algo que sucede en esta profesión, donde se conocen hombres y no sólo personajes. Y, en lo posible, se evita la tentación de amistades peligrosas que Alejandro Delmás no aconsejaría a nadie. «Me he llevado demasiados desengaños». Pero si la historia te propone un trueque debes abrir los ojos y reparar que tal vez nunca más vuelva a pasar.

«Yo recibí la oferta de *Público* meses antes de que naciese el periódico», recuerda Moñino, «justo en el aeropuerto Internacional de Caracas cuando venía de la Copa de América 2007». Y, una vez en la redacción, se encontró a Gonzalo Cabeza, que fue uno de los redactores fundadores de *Público* como su padre, Ángel Cabeza, lo fue de *El Mundo* en 1989. Gonzalo nunca tendrá la seguridad laboral de su hermano, que opositó en el mundo judicial, pero ha elegido lo que necesitaba elegir. Quizá fuese la huella de la genética, la lámpara de Aladino o la prodigiosa sensación de buscar noticias a solas. El último día que estuve con él lo demostró. Llegó hasta el vestuario del Barcelona de baloncesto, recién coronado campeón de Copa del Rey, y logró una entrevista a solas con Anderson, jugador de la final. Y se supone que eso es lo que no tiene precio en toda esta historia, que arrastra generaciones y que te ayuda a preguntarte por qué. José Miguélez lo hizo un día en *El País*. El titular quería saber «¿Qué fue de *Oliver* y *Benji*?». La respuesta estaba en un texto prodigioso que recordaba a un equipo del Atlético de Madrid que, en su época infantil, llegó a los 308 goles. Descubrió a un camarero, a un taxista, a más estudiantes, a los que el fútbol engañó de niños. Luego, no les concedió permiso. El tren pasó y no hizo caso.

3. Prestigio o popularidad

El periodista deportivo vive la pasión de la victoria. También la humanidad de la derrota. En los periódicos las páginas siempre

viven en estado de sitio. Nunca se sabe si hay que prevenir o curar o si dentro de diez minutos vas a contar la noticia de tu vida. No suele ocurrir, pero puede pasar. Gente con predisposición al sacrificio y a días largos, trabajan en un mundo de sorpresas y reacciones inesperadas. Ahora, quizá sea una especie de locura, un modelo que determinados periodistas como Ramón Besa, a veces, detestan. «Prefiero un prestigio reducido a una popularidad malentendida». Besa arranca en el amor al periodismo y en la escritura fiel, en la que sólo se admiten los gritos de los futbolistas y no de los periodistas. Y en ese escenario lo más cuerdo probablemente sea lo que dice Tomás Guasch, que reivindica su perfil apasionado y no fanático. «No conozco nada más democrático que un quiosco», asegura antes de recordar lo que tantas veces le escuchó decir a J.J. Castillo en *El Mundo Deportivo* para diferenciar la necesidad de la pasión, «nosotros somos barcelonistas, pero no culés».

Hay gente que lo llama periodismo de empresa y quizá sea así. Se ha llegado a un punto en el que en esta profesión vale todo. Corazones de hielo; gatos de mercado; vocaciones tempranas o tardías, noches de Cutty Sark y ese aire de Sherlock Holmes en cada esquina. Quizá no sea una profesión maravillosa, pero sí puede serlo. Todo es cuestión de imaginarse en medio de la dificultad, de saber que empiezan muchos y llegan pocos. A menudo, Antonio Lobato, la voz de la Fórmula 1 en La Sexta, recuerda que fue uno de los trece elegidos de los 300 que se presentaron para realizar unas prácticas en el diario ABC.

Era en los años 80 cuando José María García representaba una de las voces punteras de la radio nocturna. En medio de sus discursos y de sus silencios, a menudo, recordaba su pasado, al adolescente que fue y que, a los 14 años, escribió en la revista *Perseverancia* del colegio Maravillas de Madrid que sólo quería ser «contador de cosas» y reservó derecho de admisión en un trabajo que luego depuró al máximo. Llegó, incluso, el día en el que tuvo las maletas «en siete sitios diferentes» y ese otro, en el que en un espacio de 24 horas, no sólo montó en moto. También lo hizo en tren, en coche y en helicóptero. Pero

esas son las epopeyas de un oficio que David Alonso conoce en la Cadena SER desde el año 91.

Desde entonces, se acostumbró a un trabajo muy competitivo. «Se trata de conseguir las historias antes que nadie, y eso no es tan fácil». Pero, sobre todo, en aquellos años de los 90, en los que existía una desmedida competencia entre De la Morena y José María García, David se acuerda de trabajar casi con miedo. «Había mucha crispación y se llegaba a límites inadmisibles. Yo recuerdo la noche en la que se marchó Futre del Atlético de Madrid y, sobre todo, aquella persecución de coches por la M-30 hasta llegar a su casa». Pero ser periodista es acostumbrarse a la noche y a lo difícil; a despreciar las fiestas de guardar y a trabajar al revés del mundo. «Los domingos siempre fueron días sagrados», declara Josep María Artells, director adjunto de *El Mundo Deportivo*, donde es una de las voces de la primera reunión, la de las doce de la mañana, «en la que se piensa un periódico que tal vez no tenga nada que ver con el de las siete de la tarde». Entonces las impresoras sacan la portada definitiva, que es la de todos. «Y si resulta difícil de hacer», añade Artells, «es porque el día no ha sido bueno». Pero ni siquiera en la madrugada abandona ese punto de estrés o pasión, no sabría diferenciar. «Entras en el coche y pones la radio, llegas a casa y preguntas que ha pasado y, al día siguiente, lo primero que haces es abrir el periódico».

Por eso no toda la gente vale para este oficio. Son horas de viaje, de impaciencia en los aeropuertos; de prisas en la noche; de calles lluviosas en invierno y calurosas en verano; de muchísimo teléfono siempre. Un periodista, en realidad, es algo más que una historia bien escrita o una cuenta de resultados. Se trata de una atención permanente, de unos auriculares pegados a los oídos, y esa puede ser la crónica de toda una vida. Juan Gato lo sabe. Desde primeros de los 90 cuando le conocí en *As*, ha cubierto una amabilísima biografía en *El Mundo Deportivo* y ahora en *La Gaceta*. Su vocación jamás corrió peligro desde que escuchaba a uno de sus

profesores, colaborador entonces de Europa Press, en el colegio Tajamar decir acerca del periodismo que «es la profesión en la que sabes de todo y no sabes de nada». Hoy, él sí sabe que «uno ha de ser periodista las 24 horas del día» y sin sufragio universal los fines de semana.

A veces, Luís Villarejo, jefe de Deportes de la Agencia EFE, se pregunta si es posible el periodismo deportivo sin pasión. Él, afortunadamente, está libre de ese mal, pero hay meses de verano en los que se cruza con becarios que aparecen en la agencia con una discreta cultura deportiva. «Los hay, incluso, que piensan que Pepe Legrá era actor». Y, sobre todo, se acuerda de aquel chaval que apareció con un equipaje intelectual de primera categoría. Sabía tantos idiomas («hablaba inglés, francés y ruso») que podría organizar una conversación en las montañas del Cáucaso, pero de entrada le faltaba esa pasión que acaricia corazones. «Al preguntarle quién era Santillana, le descolocabas», insiste Villarejo, que necesita de esa pasión, en la que las pesadillas se parecen a los sueños y en la que tu primer sueldo te advierte que el periodismo no te hará rico. Y es entonces cuando ha de ser uno mismo el que decida si vale la pena arriesgar. David Espinar, brillante periodista después en la COPE o en el *Marca*, decidió que sí y recuerda «esas primeras 5.000 pesetas» que le dio su jefe como un tesoro, una presunción de inocencia por elegir a esta mujer. «Antes, más que becarios», señala, «éramos aprendices». Espinar comenzó a los 18 años en Cadena Catalana y se memoriza a sí mismo en la sala de prensa del Camp Nou «junto a gente muy afianzada como Ramón Besa, Miguel Rico...».

4. No te harás rico

Son las cosas del periodismo deportivo, son las historias que lo envejecen o rejuvenecen, según. Son las mismas historias que hasta ahora han cumplido su primera promesa. Se trata de un relato casi apasionado y tal vez sea culpa mía, que arranqué por la clase noble. Quizá para descubrir si la vocación hace

milagros o si el destino no tiene enemigos. Y, como en los pueblos pequeños, se sabe que los tiene. El fallecido Andrés Montes, a menudo, se quejaba de que «este trabajo no respeta trayectorias, hoy, eres portada de *Hola* y mañana estás vendiendo ejemplares de *La Farola* en cualquier semáforo de La Castellana». Montes, en realidad, fue un tipo que conoció los extremos de esta profesión. Un forajido de leyenda, que vivió y sintió. Quizá por eso reivindicaba con tanta atención su legendaria inseguridad o el bulevar de los sueños rotos. Felipe del Campo, el reportero que participó en el primer directo de La Sexta en 2006, le escuchó alguna vez. Aprendió, sin embargo, que el riesgo es tan necesario como un padre para un hijo. «Uno nace como muere: periodista. Y eso no se puede corregir». Director de Marca TV, a los 34 años, ya no se asusta por nada, pero sí invita a sus compañeros «a vivir el momento», como tantas veces pedía Andrés Montes, con y sin el micrófono abierto, daba igual. «Mañana te quedas en paro y, a diferencia de lo que le pasaría a un buen cirujano, puede que no te llame nadie».

Pero esta profesión es así. Quizá única, quizá ingobernable. Y por eso los que están arriba no se descuidan de los que viven abajo o ni siquiera están dados de alta en la Seguridad Social. La soledad es inoportuna y Antoni Daimiel, la voz de la NBA en Canal Plus o en la Cadena SER, acepta esa conversación. Él es uno de esos hombres que no se deja avasallar por su buen nombre. «Aquí la fama es ficticia». Y recuerda aquellos años, en los que empezó en *El día después* y se contrataba a un cámara «y se le pagaba 90.000 pesetas por un día entero de trabajo». «Ahora, por ese mismo trabajo, obtiene 90 o 100 euros». Daimiel acepta que ha tenido suerte, pero le asusta tanta precariedad. Por eso él asegura que, si mañana tiene un hijo, hará «todo lo posible para que no sea periodista». Tampoco esperará a que sea «demasiado tarde», porque, a su lado, se dibuja una realidad que ya no es ningún misterio. «Mi caso es uno entre mil, no nos engañemos». El diagnóstico final es más egoísta. Daimiel insiste: «Tuve compañeros que, cansados de currar como bestias y de que no les diese para vivir, debieron prepararse unas oposiciones».

Otros, los que se quedaron, muy posiblemente formen parte de esas clases desfavorecidas que pasan la vida en cuartos oscuros editando textos en los que, antes de respetarse a sí mismos, respetan un libro de estilo. Su fotografía es un misterio en transición en medio del océano. De ellos únicamente se sabe que sobreviven y que tienen derecho a dudar que exista el príncipe azul. Unas veces es cuestión de suerte porque la casualidad existe. Otras veces, sin embargo, sólo es cuestión de escuchar a gente que triunfa como José Ramón de la Morena, el director de *El Larguero*, que por las noches imagina que «el mejor periodista de este país no es muy conocido, será alguien muy honrado que gana muy poco, que trabaja muchas horas y que ha tenido menos oportunidades que nosotros». Pero seguramente ese periodista deportivo, anónimo y misterioso, al que nadie hace la ola, tampoco sería el esposo que Walter Matthau le aconsejaría a Susan Sarandon en *Primera plana*, la película de Billy Wilder: «Cásese con un enterrador o con un verdugo; con quien sea menos con un periodista». Cuando el personaje de Sarandon rebate que Hildy, su prometido, va a dejar el periodismo, Matthau no admite la réplica: «no se pueden quitar las manchas a un leopardo ni enganchar un caballo de carreras a un carro de basura». Al final, va a ser verdad y el padre de Joaquín Maroto va a llevar razón: «Hijo, uno tiene que vivir de lo que es».

En unos Juegos Olímpicos

Hoy, es un periodista polivalente; ayer, sólo fue un niño más. Hoy, no sólo es un analista de fútbol. También escribe de atletismo o de natación con seguridad. Ayer, vivía en Barakaldo, en un lugar del que procura una afortunada publicidad. «Me encanta mi pueblo: acepta a gentes de todas partes de España, lo que me permitió conocer hábitos muy diferentes». Aquel muchacho sentía una atención prodigiosa por el deporte. Era Santiago Segurola, que viaja al pasado, a los días de la niñez, a octubre del 68, a los Juegos Olímpicos de Méjico. Tenía once años, el imperati-

vo de madrugar para ir a la escuela. Por eso no ahorra horas de pelea con su madre. «Tenía que hacerlo para quedarme a media noche a ver las pruebas». El legado justifica la importancia. Incapaz de olvidar lo que vio en directo, de las inquietudes que le crearon todo eso, recuerda, como si fuese hoy, «el triunfo de Tommie Smith en los 200 o de Lee Evans en los 400». Sí echa de menos «el salto de Beamon, ese no lo vi en directo». Y en este rapidísimo regreso al pasado, Seguro se sitúa, años antes, junto a su hermano mayor, «viendo la película de los Juegos de Tokio 64». Y no sabe por qué, pero entre lo que se le quedó grabado figura «el triunfo de Robert Hayes en los 100 metros, en una pista de tierra y por la calle 1».

Hoy, ya es un hombre mayor. Tiene derecho a olvidar, pero no olvida. Cada vez que viaja de enviado especial a unos Juegos vuelve al pasado. «Se trata de un sueño cumplido», vuelve a decir. Y, sobre todo, lo fue en los primeros que vivió como periodista en Barcelona 92. «La ciudad estaba perfecta. Fuimos 60 o 70 redactores de *El País* y fue la única vez que estuve en la Villa Olímpica». Desde entonces, ha ido a todos. Sólo deja en mal lugar lo sucedido en Atlanta 96. «Hubo una amenaza de bomba que nos tuvo dos noches sin dormir». El resto, no hay rutina que valga, pertenece al territorio de los sueños. «¿Cómo no vas a valorar eso, algo que va a ser la referencia por los siglos de los siglos?». Pero también recuerda que los Juegos no son fáciles para el periodista. «Tienes que ordenar la cabeza para no volverte loco». Los horarios lo delatan. «Desde las ocho de la mañana hasta las tres de la madrugada no paras». Todo eso se manifiesta a la hora de escribir. Y sucede lo que nunca pensó de niño que sería posible en escenarios así. «A veces, llegas sin gasolina a los últimos días». Pero ya no estamos en Méjico 68. Seguro dejó de ser el niño de Barakaldo. «Aceptas que hay una dinámica y que debes hacerlo por encima de cualquier problema».